

COLECTIVO TCH!

Hace ya bastantes años, Terenci Moix arrancaba unos de sus relatos, *Marius Byron*, anteponiendo una “nota imprescindible” en la que desaconsejaba su lectura a quienes hubieran nacido antes de 1942. Es decir, a aquellos lectores en cuya formación cultural no habían entrado elementos como las películas americanas de la Fox, la Metro y la Universal de las décadas de los 40 y 50; las canciones de Conchita Piquer, de Ana María González, de Juanito Segarra, de Jorge Sepúlveda; los tebeos de Superman y Flash Gordon, *El guerrero del antifaz* y *Pulgarcito*; las comedias musicales americanas como *My Fair Lady*, *Camelot*, *Kismet*; y entre las pocas novelas que menciona, si no recuerdo mal, estaban las de Agatha Christie y Barbara Steele. Todo esto lo cita Castellet en su prólogo a *Nueve novísimos poetas*.

De igual manera, para presentar *Generación Tch!* habría que empezar advirtiendo que su lectura resulta desaconsejable para quienquiera que no conozca la saga completa de *La guerra de las galaxias*, el joven cine independiente de los años 90, las series televisivas de los 2000; Frank Zappa, Keith Jarrett y el rock progresivo de los 70, la tienda Melocotón, las canciones de Pixies, Antonia Font y Wilco; el *Batman* de Frank Miller y *Jimmy Corrigan*, de Chris Ware; *Mazinger Zeta* y los mangas ochenteros, las series dosmileras como *Perdidos* o *Urgencias*; y, entre las novelas, si acaso, *Rayela* y algunas obras de David Coupland. A lo que habría que añadir una familiaridad importante con el universo del diseño gráfico y, por supuesto, con la cultura de Internet.

Estamos, como se entiende, ante una obra eminentemente moderna, en el mejor sentido de la palabra. Si hubiera que dividir la humanidad entre quienes piensan que el hombre es esencialmente igual en todas las épocas (esos son los temperamentos clásicos) y quienes, como Mac Luhan, conciben que el auténtico mensaje es el medio y que -para resumirlo de alguna manera- consideran que las zapatillas determinan nuestra manera de andar y que un hombre con una prótesis y un teléfono es un cyborg, Benjamín Escalonilla pertenecería claramente a la segunda estirpe, junto con otros autores contemporáneos como por ejemplo Fernández Mallo, el autor de *Nocilla dream*, una obra con la que *Tch!* guarda un claro paralelismo en cuanto a la novedad de la propuesta. Al igual que Fernández Mallo, Escalonilla considera que la aparición de Internet y el consumismo nos han transformado en algo completamente diferente de lo que éramos. Que la especie tecnológica actual – el *homo informaticus*, digamos (él no utiliza ese concepto, lo digo yo), inmerso en un océano de olas electromagnéticas y conectado con los restantes seres humanos tecnificados por hilos virtuales- es algo totalmente inédito, extraño y fascinante.

Y eso, en definitiva, es lo que nos vamos a encontrar en *Tch!*: un mundo extremadamente *high-tech* (por eso mencionaba antes ciertas novelas de Coupland, como *Microsiervos*, ambientada en la empresa Microsoft, con la que,

la haya leído o no el autor, yo por lo menos encuentro una filiación), con un protagonista diseñador gráfico que nos va a introducir en el Madrid urbanita de los años 2000, lleno de modernos y guais, de friquis y *geeks*, todos adictos al entorno 2.0 y al fascinante no sé si micro o macrocosmos de esa Red en la que seguimos atrapados.

Esa me parece la primera característica a señalar.

El segundo fenómeno al que habría que hacer referencia, puesto que el propio Escalonilla alude a ello en el prólogo, es el 15-M, un movimiento con el cual el autor siente una hermandad profunda. Benjamín considera que, tanto su novela —esta historia sobre el colectivo contestatario bautizado como Tch!— como el movimiento real, son, retomando una expresión suya, “dos plantas que nacen de la misma semilla”.

Y es cierto. Si nos fijamos en los mensajes de *Tch!* —“el estado hipotecario es un estado feudal”, o ese posavasos donde se dice que 1m2 de Madrid cuesta el doble que en Berlín, mientras que el sueldo medio es la mitad, o las acciones contra los dos principales partidos de un colectivo que no se reivindica ni de izquierdas ni de derechas— vemos que la novela ya anticipa esa sensibilidad y cierta crítica de un parlamentarismo bipartidista que se parece sospechosamente a la alternancia de Canovas y Sagasta en la época de la Restauración y que es percibido por mucha gente como caduco, cuando no como un mero secuestro de la soberanía popular, y más en tiempos como los actuales donde la tecnología hace factible lo que hace unos años era ciencia ficción, a saber, una democracia mucho más directa donde existen los medios para convocar, si lo quisiéramos, un referéndum por semana. Esa es la idea que el propio concepto de “democracia real, ya” ha puesto sobre el tapete. Parece que ha llegado el momento de remozar la fachada decimonónica de nuestra política.

Y efectivamente, esta es una sensibilidad que subyace claramente al texto, que narra cómo un grupo de treintañeros disconformes con el Sistema (la palabra aparece en la novela), los mismos que, mientras Escalonilla andaba terminando su obra, salieron a la calle y ocuparon Sol, forman un colectivo de protesta, una especie de Anonymous, para llamar la atención sobre lo controlados que estamos y denunciar, entre otros, los abusos de las grandes compañías multinacionales como Microsoft, etc., que es quizá la mayor obsesión del colectivo.

He hablado de tecnología, sociedad y política, pero falta mencionar la tercera pata del taburete de *Generación Tch!*, la propia literatura. La literatura puede cumplir muchas funciones, pero sobre todo tiene una muy especial: el ser capaz de enriquecer nuestra percepción, que demasiado a menudo se acartona con la costumbre. Una buena obra literaria tiene que llevarnos a volver a mirar el mundo en el que vivimos y que lo percibamos de otra manera, más fresca, más novedosa. Y ese es el caso de *Tch!*, que nos obliga a replantearnos nuestra relación con el mundo tecnológico, a quitarnos las telarañas y a limpiarnos

muchas legañas estéticas. Casi podría decirse que, en cierta medida, nos *educa* la mirada. Y leo un fragmento (p.35) que me parece significativo:

Ocasionalmente, pero sobre todo en los días de resaca, me embobo con pequeños detalles. Es delicioso el disfrute de lo pequeño. Ocurre pocas veces, pero cuando uno se ensimisma con algo es magnífico: lo pequeño se hace grande. Me están pareciendo grandes las ventanas con la cortina descorrida, grande el olor de la piel recién duchada, ahora que Tala abre la puerta del baño, grande el ligero cambio en la humedad del cuarto, grande el surco de la pana fina del pantalón que lleva en la mano, grande la camisa de hombre que ella lleva sin abrochar, grande el beso que me da cuando pasa a mi lado. Se mete en el cuarto y se oye el sonido de las perchas deslizándose.

Al “No tardo nada” le queda todavía un rato. Subo el volumen y me centro en Keith Jarrett. Ya vamos por la segunda audición del disco. Me fijo en el contrabajo, cierro los ojos y disfruto de ese instrumento por encima del resto. Otro día tengo que hacer lo mismo, pero con la batería. (...) El contrabajo, aislado en tu cabeza, cobra una fuerza tremenda. Es otra manera de escuchar un tema que ya conoces, de reinventarlo. Recuerdo, en formato *déjà vu*, haber hecho este mismo ejercicio tiempo atrás, pero con un bajo en vez de un contrabajo. Hasta podría asegurar que fue con Subbacultcha, una de las primeras que grabaron los Pixies. (Purple tape). ¡Qué tiempos!

Creo que no es baladí que el anónimo protagonista sea un diseñador gráfico, es decir un esteta, y este fragmento es representativo del esfuerzo de sensibilidad que se nos exige. Sensibilidad no solo hacia la música, sino hacia todo lo que nos rodea. *Tch!* nos invita a apreciar la belleza que pueden contener hasta los objetos más cotidianos y el mundo contemporáneo en general. De ahí lo acertado de esa acción última del colectivo, la más poética y cinematográfica de todas, donde el conjunto de sus componentes se van a dedicar a vagar por la ciudad y a pintar la palabra *bonito* junto a una flecha que indique las cosas que les parecen hermosas, y que, de alguna manera, resume la enseñanza estética de esta novela.

Para concluir yo diría que, en su conjunto, *Tch!* es una pequeña orquesta verbal donde todos los instrumentos están acordados para interpretar una sinfonía ambiciosa, cortazariana, sugerente, hermosa a su manera, y francamente recomendable.

José Ángel Mañas (autor de la serie *21 dedos*)

<https://www.facebook.com/EIHombreDeLos21Dedos>

<http://www.planetadelibros.com/canal-tematico-serie-21-dedos-43.html>